

MORIR EN JAÉN

Enrique Sandoval era, desde hacía unos meses, el ventero de Paules. Nunca imaginó que esta fuera su profesión, pero la casualidad o el destino le condujeron hasta aquel lugar, en tierras de Segura, hasta entonces desconocido para él. No estaba muy alejado de su casa, de su ciudad, de Alcaraz. Apenas ocho leguas. Allí pensaba regresar, antes o después, cuando la situación se tranquilizara y su propia vida y la de sus familiares no corriera peligro. Eso se decía a sí mismo pero, en el fondo, barruntaba que, tal vez, este lugar podría contemplar el fin de sus días. Al fin y al cabo, la vida aquí no era demasiado dura y tanto él como Casilda, su mujer, sus dos hijas, Blanca e Isabel y Rodrigo, su hijo, aún no disfrutando de excesivas comodidades ni, por supuesto, de riquezas. Se podría decir que eran felices y, aunque echaban de menos el bullicio de Alcaraz, tenían otras compensaciones y quehaceres que les mantenían ocupados todo el día. Además, aunque era un lugar solitario, también era muy pasajero. Cada vez más. Estaba muy reciente la victoria de los Reyes Católicos contra el rey musulmán de Granada y la ocupación cristiana de su último reducto en la Península, y la Venta de Paules, situada en la Sierra de Segura, en el extremo occidental del Reino de Murcia, en una de las rutas que, desde antiguo, comunicaban la zona minera de Cástulo con el puerto de Cartagena, empezó a recibir cada vez más viajeros, principalmente arrieros, que transportaban sus mercaderías entre estos dos territorios debido a la incipiente paz que propiciaba la actividad comercial. También utilizaban este camino los viajeros procedentes del Reino de Valencia y de gran parte de los territorios del Marquesado de Villena.

Los hijos de Enrique y Casilda suplían la ausencia de otros niños de su edad con interminables conversaciones con aquellos hombres que llegaban de lugares que se les antojaban muy lejanos y que contaban historias que les resultaban exóticas. Y del mar. Les hablaban del mar, de una inmensidad de agua a la que no se veía el final. Era algo que no acertaban a entender, que escapaba a su imaginación. El Río Guadalimar, que discurría a unas quinientas varas de la Venta, donde Rodrigo practicaba asiduamente la pesca, era el mayor cauce de agua que habían visto jamás y no podían imaginar que hubiera nada más grande.

De natural curioso e inquieto, no encontraban el momento de retirarse a dormir, hasta que, ya perdido el sueño, sus padres les obligaban a ir a la cama, un solo lecho situado en una especie de altillo de la estancia principal, en la que dormía toda la familia, colocados siempre por el mismo orden: primero las niñas, a continuación Casilda, Enrique y, ya en el otro lado, Rodrigo.

Eran los últimos años del siglo XV y parecía que, tras interminables tiempos de turbulencias, guerras y revanchas, en los reinos de Castilla se disfrutaba de una tensa calma y la gente soñaba con que, tal vez, había llegado el momento de vivir en paz. Isabel y Fernando, antes de lanzarse a la conquista de Granada, habían vencido en la guerra que habían librado contra Juana “la Beltraneja”, sobrina de la primera, apoyada por gran parte de la nobleza castellana y, de forma muy destacada, por Juan Pacheco, primero, y su hijo Diego, después, titulares del extenso e histórico marquesado de Villena. Alcaraz, aunque celosa defensora de su status de ciudad de realengo, había caído hacía ya años bajo los dominios del insaciable Juan Pacheco, el Marqués, después de haber resistido los envites de otro poderoso enemigo: los Manrique. Estos, entre ocupaciones armadas y adquisiciones, habían logrado hacerse con un Señorío que abarcaba desde Villapalacios, residencia del titular del mismo, el Conde de Paredes, hasta Riópar y Cotillas, con lo que llegaban, por así decir, hasta las puertas de la ciudad de Alcaraz, su gran objetivo.

Sin embargo, en aquellos años, Juan Pacheco, tenía más poder e influencia en la Corte de Enrique IV, a quien manejaba a su antojo, que los Manrique y logró hacerse con la codiciada presa. Aunque Juan de Haro, su hombre fuerte en la ciudad, hubo de hacer frente a una revuelta auspiciada desde el interior, cuando un grupo de vecinos logró ocupar la Torre del Reloj. Juan de Bustamante que era descendiente directo de los soldados que acompañaron a Alfonso VIII en la conquista de la ciudad y la expulsión de los musulmanes en el siglo XIII, fue uno de los líderes del asalto. Este primer Bustamante, también Juan de nombre, fue quien, según algunos testimonios, colgó el pendón de Castilla en la Puerta de Granada, que daba acceso a la ciudad desde el sur.

No obstante, las intrigas y los enfrentamientos continuaron, a pesar de que Juan de Haro, intentó atajarlas con dureza mandando degollar a tres de sus promotores. Poco tiempo después, lograron, desde el interior, abrir las puertas de las murallas a Don Pedro Manrique, Conde de Paredes, y su gente. Este hecho hizo colmar la paciencia del Marqués de Villena, quien puso rumbo a Alcaraz, desde Segovia, con una tropa compuesta por ochocientas lanzas y cientos de peones que obligaron a los de Paredes a abandonar su propósito de adueñarse de Alcaraz.

A partir de ese momento, la situación pareció tranquilizarse. Pacheco puso al frente del gobierno de la ciudad a tres vecinos del lugar, de familias que gozaban de cierto reconocimiento y prestigio, para intentar calmar los ánimos. Y, en cierto modo, así fue. Pero lo cierto es que también llegaron otras gentes procedentes de distintos lugares del Marquesado, principalmente de Alarcón y Belmonte, familiares y personas de confianza del

Marqués, que empezaron a ocupar los principales cargos públicos en el gobierno de la ciudad y también a gestionar y explotar sus principales recursos, entre los que se encontraba, seguramente el más importante, las Salinas de Pinilla.

La presencia de los Pacheco y su gente en Alcaraz, supuso, al principio, un cierto impulso en todos los aspectos, desde una mayor racionalización en la gestión y administración de la ciudad, hasta la modernización de las actividades productivas. Pero todo resultó efímero. Los nuevos gestores, con sus imposiciones y su voracidad recaudatoria, pronto se granjearon la enemistad de la mayor parte de los vecinos que los veían, en realidad, como usurpadores. Aunque lo que acabó suponiendo un sin fin de enfrentamientos, luchas, venganzas, empobrecimiento y muerte, fue el hecho de que el Marqués de Villena tomara partido por Doña Juana y se enfrentara, por tanto, a los Reyes Católicos. Una guerra fratricida en la que, sin comerlo ni beberlo, los vecinos de Alcaraz se vieron inmersos. Unos apoyarían a un bando y los otros al contrario y, terminada la contienda, llegaría la represión. Los colaboradores y familiares del Marqués eran ahora los vencidos y perseguidos en todo el Marquesado, desde Villena a Almansa, Jumilla, Chinchilla, Alarcón... Los propios Soberanos, incitaron a prenderlos, denunciarlos y apropiarse de sus bienes.

En Alcaraz, en un principio, la reacción de los vencedores no fue excesivamente violenta y no pocos de los que habían sido colaboradores o servidores del Marqués abandonaron la ciudad y se adentraron hacia el Sur, hacia la Sierra de Segura, un territorio que, aunque gobernado por la Orden de Santiago, enemigos también del marqués de Villena donde, dadas sus grandes dimensiones y su escasísimos pobladores, confiaban en pasar desapercibidos e iniciar una nueva vida en paz. Otros optaron por quedarse e intentaron pasar desapercibidos, unas veces cambiándose el apellido y otras emparentando con miembros de las familias autóctonas del lugar. Pero las cosas empezaron a cambiar y de poco o nada les valió. Había sed de venganza y de ajuste de cuentas en todo el territorio y la ciudad acabó también contagiándose.

El Tribunal de la Inquisición inició su actividad en Toledo y, muy pronto, fueron convocados todos los supuestos judaizantes de Alcaraz y de su Arcedianazgo en la ciudad arzobispal. Según algunas fuentes, más de setecientas personas que hubieron de desfilar por sus calles. A partir de entonces comenzarían los juicios, las torturas, las condenas a prisión y hasta a morir en la hoguera. Más tarde, y durante unos años, la demarcación de Alcaraz pasó a depender del Tribunal de Jaén, al parecer, debido a la saturación de casos en el de Toledo. Se abrió una sede a la que temporalmente se desplazaban los inquisidores jiennenses. La actividad de este Tribunal alcaraceño se inició con nuevas delaciones, encarcelamientos,

torturas y hasta penas de muerte. La veda contra los judíos, o supuestos judíos, se había levantado. A ello contribuyó la epidemia de peste de 1488, que afectó a Alcaraz y de la que se culpó a la maléfica influencia de la sangre judía. Ello vino a caldear, aún más, los ánimos de la opinión pública. La antigua oligarquía de la ciudad vio la ocasión de deshacerse definitivamente de la gente que había servido al Marqués de Villena y, sobre todo, de quienes habían ocupado cargos relevantes en la ciudad durante aquellos años, acusándolos de renegar de la fé católica y practicar en secreto la Ley Mosaica. Familias enteras fueron juzgadas y encontradas culpables, por lo que fueron desposeídas de sus bienes y de sus cargos, además de sufrir condenas en prisión cuando no de muerte.

Todo ello condujo, repetimos, a que muchos vecinos abandonaran la ciudad por miedo a perderlo todo, hasta la vida. Fue el caso de Enrique Sandoval que, aunque no ocupó cargos públicos ni tenía un gran patrimonio, sí mantuvo una vida cómoda y holgada en las Salinas de Pinilla, donde trabajó en la Administración de las mismas. Los acontecimientos se sucedían rápidamente y decidió poner tierra de por medio. Lo habló con Casilda y estuvieron de acuerdo: venderían, aunque fuera por menos del valor real, su casa de Alcaraz, con los muebles y enseres más pesados, además de los animales domésticos con que contaban y tomarían camino hacia otras tierras donde esperaban que el odio y el rencor no hubieran echado raíces tan profundas como en ésta.

Todo ocurrió como habían planeado. En cuatro días, su hermano Juan, que había decidido quedarse, les encontró un comprador para la vivienda y los muebles aunque, eso sí, pagando menos de un tercio de su valor. Los animales, excepto la mula y el asno, que necesitaban para el viaje, se los quedó él mismo. Y así, casi sin despedirse de nadie por temor a ser delatados y detenidos, una fría mañana de noviembre de 1494, tomaron el Camino de Granada en dirección al Sur. No sabían a ciencia cierta a dónde ir, ni en qué lugar estarían más seguros, pero, desde luego, hacerse un hueco en algún lugar del hasta hace muy poco tiempo, Reino Nazarí, les resultaba atractivo. Quizá allí, entre las oleadas de gentes que llegaban de todas partes a ocupar las tierras que habían sido de los musulmanes y que, en gran número, estaban abandonando, podrían tener una oportunidad para iniciar una nueva vida.

Los niños no podrían aguantar largas jornadas de viaje, por lo que previeron paradas frecuentes a lo largo del camino y evitaban el paso por poblaciones para no arriesgarse. En Génave pretendía encontrarse con Alfonso del Castillo, antiguo vecino de Alcaraz que hacía ya un tiempo se había afincado en este lugar. Era un buen amigo y estaba convencido de que recibiría de él ayuda y consejos muy valiosos.

Entre Villapalacios y Génave quedaron maravillados de los extensos campos plagados de enormes encinas, donde pastaban las vacas y también grandes rebaños de ovejas. El pueblo, sin embargo, les decepcionó. Era pequeño y sombrío, con edificios de una sola altura y de aspecto paupérrimo. El primer vecino que encontraron, aunque parco en palabras y con gesto de desconfianza, les indicó dónde vivía Alfonso, no sin antes indagar acerca de su procedencia. Cuando se acercaron a su casa, enseguida lo vieron faenando en el pequeño corral anexo a la vivienda. Celebraron ambos amigos efusivamente el encuentro con interminables abrazos y en poco tiempo se pusieron al corriente de sus últimas vivencias. Enrique le contó, en pocas palabras, la razón por la que estaba allí, aunque Alfonso ya lo había imaginado. Su mujer, Damiana, que no podía reprimir el llanto de alegría al ver allí a sus amigos, les hizo pasar enseguida al interior de la vivienda y se puso a prepararles una buena olla de caldo calentito.

-Alfonso, ¿cómo os va por aquí? -Inquirió Enrique.

-No estamos mal. Tenemos un buen rebaño de ovejas que pastorea en los montes comunales. Hacemos queso para nuestro gasto y para venderlo aquí y en otros lugares cercanos. No nos podemos quejar -respondió su amigo.

-Y las autoridades, ¿os han molestado?, ¿Han indagado en vuestro pasado?

-No demasiado. Alguna pregunta al principio, pero nada más. Estas tierras, toda la Sierra de Segura, no tienen Señor, pertenecen a la Corona y las gobierna la Orden de Santiago desde hace ya más de dos siglos, por encargo de los reyes cristianos. Son muy agrestes y abundan los lobos que atacan a los ganados y los jabalíes que arruinan las cosechas. Además, el clima es muy frío y, por si esto no fuera suficiente, hasta hace muy poco tiempo, era un lugar muy peligroso, pues estábamos a un paso de la frontera con el reino musulmán de Granada. Por todo ello, la población es muy escasa y los Caballeros de la Orden no ponen obstáculos a quienes quieren instalarse aquí, más bien, todo lo contrario.

-¿Y la Inquisición? -preguntó Enrique con voz tenue.

-Hasta ahora, que yo sepa, por ejemplo en este lugar, en Génave, no ha habido persecuciones ni detenciones. El territorio pertenece al Tribunal de Murcia y, tal vez por la lejanía, o por cualquier otra razón que se me escapa, no han fijado su atención aquí. Ojalá continuemos así -respondió Alfonso dirigiendo la vista hacia el cielo con gesto implorante- ¿Y por Alcaraz?

-Pues todo sigue igual, incluso peor. Nadie que tuviera que ver con el Marqués de Villena, puede vivir tranquilo. Antes o después, llamarán a su puerta -piensan- y se los

llevarán detenidos. Por eso, Alfonso, estoy aquí. Me ha costado mucho tomar esta decisión, pero no puedo arriesgarme a perderlo todo, quién sabe si hasta la vida, permaneciendo allí.

Continuaron hablando todo el día y toda la noche, después de acostar a los niños. Enrique empezó a sentirse cómodo y tranquilo. Él y Casilda contaron a sus amigos su idea de continuar camino hacia las tierras de Andalucía, quizá a Úbeda. de donde tenían buenas referencias acerca de su pujanza y prosperidad, o a Jaén, o incluso, a Granada. No lo tenían decidido. Pero Alfonso empezó a disuadirlo con argumentos que parecían razonables: la lejanía, los niños, temor a lo desconocido... Además, en esos lugares, la Inquisición estaba actuando con más crueldad, si cabe, que en Alcaraz...¿Por qué no intentarlo en estas tierras de Segura?

Y así, de forma inesperada y sin pensarlo demasiado, fue como Enrique, Casilda y sus hijos recalaron en las tierras segureñas. Alfonso les habló de un negocio que le habían ofrecido recientemente: regentar una Venta no muy lejos de allí, a unas dos leguas, en un lugar al que llamaban Paules. El dueño había fallecido recientemente, y su viuda, ya entrada en años, no podía atenderla sola, por lo que andaba buscando a alguna familia que quisiera hacerlo.

Fueron a verla a La Puerta, población en la que residía y, desde allí, seguidamente, a Paules. Aunque un tanto vieja y desvencijada, no era pequeña y, si bien requeriría de no poco trabajo e inversión, no parecía una mala apuesta. El lugar, además, era espléndido, con huerto, gran variedad de árboles frutales y una parcela de tierra calma donde se podría sembrar el trigo necesario para el gasto. Y lo que más le llamó la atención fue la abundancia de agua, la del arroyo que bajaba, cristalina, de la montaña y la del río Guadalimar, de generoso y bravo caudal.

Así fue como los Sandoval se hicieron venteros y como, pasado el tiempo, se convirtieron en protagonistas involuntarios de esta historia.

Corría el año 1498 Los Reyes, Isabel y Fernando, después de resultar vencedores en la Guerra Civil que libraron contra Juana “La Beltraneja” y los Nobles que la apoyaron, habían logrado “meterlos en cintura”. Ya nadie osaba poner en duda su poder, sobre todo, después de que se produjeran dos acontecimientos de enorme calado, ambos en 1492: La conquista del Reino Musulmán de Granada y el Descubrimiento de América. Ambos hechos, de incuestionable trascendencia, marcaron para siempre el destino del Reino.

En Paules, la vida transcurría plácidamente. La atención a los viajeros era buena y se corrió la voz por los caminos. Todo, salvo esporádicos altercados protagonizados por algún que otro matasiete, resueltos sin demasiados problemas, estaca en mano, por el corpulento

ventero, discurría con normalidad. Pero las cosas iban a cambiar bruscamente y el miedo y la zozobra se adueñarían de la Venta. Una tarde de otoño, Enrique vio aparecer, a lo lejos, por la Cuesta del Madroño, una comitiva que, sin saber por qué, le causó inquietud. Eran dos jinetes a lomos de sendos caballos, erguidos y desafiantes y una mujer cubierta de harapos, montando una vieja mula de la que parecía que se iba a caer, desmayada, en cualquier momento. Así ocurrió cuando las bestias se detuvieron a la puerta de la Venta. La mujer cayó estrepitosamente al suelo y allí se quedó inmóvil, sin ni siquiera emitir sonido o gemido alguno.

-¿Eres tú el ventero? -exclamó con rudeza uno de los jinetes.

Enrique lo miró y quedó petrificado. ¡Era Juan de Bustamante, uno de los individuos que colaboraban con la Inquisición en Alcaraz, y el otro, Juan de Reolid! Se quedó anonadado y sin palabras. ¡Lo habían encontrado y venían por él! ¡Dios mío, todo se había acabado!

-¡Eh, tú! ¿Es que estás sordo? -esta vez quien se dirigía a él era Reolid.

Enrique reaccionó rápidamente cayendo en la cuenta de que no lo habían reconocido. El tiempo transcurrido y la densa barba que poblaba su rostro le habían hecho pasar desapercibido para ellos.

-Si señores, para servirles. ¿Qué desean?

-Primero, preparad un buen pienso para las bestias -dijo Bustamante, que parecía llevar la voz cantante- y comida para nosotros. Y a esta desgraciada, metedla en la venta y comprobad si está viva o muerta. Ni siquiera lo sé.

Lo primero que hizo Enrique fue entrar en la casa y explicarle a su mujer lo que estaba sucediendo y que tenían que disimular para no ser reconocidos. Para empezar, a partir de ahora, ella, que debía cubrirse al máximo el rostro con el velo, se llamaría Aldonza y él, León. No podían cometer ningún error o estarían perdidos. En un santiamén, lo tuvieron todo listo y se apresuraron a introducir a la mujer, que aún yacía en el suelo, al interior de la vivienda. La acostaron sobre una colchoneta en un rincón de la amplia estancia. Su cuerpo estaba hirviendo por la fiebre, pero, aunque débil, mantenía un hilo de vida. Mientras Casilda se apresuraba a preparar algo de comida, las niñas, siguiendo sus instrucciones, le aplicaban paños fríos en la frente hasta que, aunque aturdida, fue volviendo en sí. Para ese momento, Enrique, que ya había echado abundante cebada y paja a las bestias, se había acercado a su lado. La reconoció inmediatamente, ¡Era María de la Barrera! La conocía muy bien, su padre había trabajado también con él en las Salinas. ¿Pero qué hacía allí y en aquél lamentable estado? Aprovechando que sus dos acompañantes habían salido a estirar las piernas tras

engullir las viandas que les había preparado Casilda, María, que sí los había reconocido, temerosa y con un hilo de voz les contó lo que ocurría:

-Hace ya un tiempo, meses, tal vez años, la Inquisición de Alcaraz me detuvo. Desde entonces, he vivido en un infierno, hasta el punto de que he perdido la noción del tiempo. Me acusaron de hereje, de practicar la religión judía. Sufrí torturas y todo tipo de vejaciones, pero nada podía decirles, porque nada había hecho. Mi familia, era de antepasados judíos, pero hacía ya muchos años que se habían bautizado y abrazado la religión católica y, aunque no conocíamos en profundidad sus ritos y preceptos, intentábamos observarlos adecuadamente.

-¿Y seguías practicando, también, la religión de los judíos? -inquirió Enrique.

-Yo me considero católica, pero, por tradición, por respeto a mis antepasados, sigo manteniendo ciertas costumbres, como separar la grasa de la carne o respetar el Shabat, si me es posible. Pero sólo por eso, por tradición -respondió María.

-¿Y a dónde te llevan estos dos energúmenos?

-A Jaén. Y me temo lo peor. El Tribunal de Alcaraz depende del de Jaén y supongo que me llevan allí por considerar que he cometido delitos graves. Voy a morir. Sé que voy a morir en Jaén. Sin saber por qué, sin haber hecho mal a nadie -respondió María con voz entrecortada y sin poder evitar que alguna lágrima corriera por sus mejillas.

Enrique estaba apesadumbrado y sin saber qué determinación tomar. ¿Por qué permites, Dios, que ocurran estas injusticias, si todos somos tus hijos? Propuso a María que fingiera seguir muy enferma para prolongar su estancia en la Venta y estudiar alguna posibilidad de que escapara, pero ella lo disuadió. No podía permitir poner en peligro su vida y la de su familia, no, de ninguna manera. ¿Acaso no sabía cómo iban a reaccionar aquellos dos hombres?

-Sin embargo, Enrique, sí te voy a pedir que hagas algo por mí. No quiero que mi muerte pase desapercibida y sea en vano. Antes de ser detenida logré escribir los hechos ocurridos en los días previos, desde que mi amiga Mayor González de Montiel fue desenterrada y quemada, en efigie, en Alcaraz. Y, desde entonces, he conseguido mantener escondidos aquellos papeles escritos de mi puño y letra. Desgraciadamente, son sólo unas páginas, no tuve tiempo de más. Cuando me detuvieron, logré camuflarlos entre mis ropas. Los llevo conmigo. Quiero que te hagas cargo de ellos y que los des a conocer. Intentaré completar la historia con lo que me ocurra a partir de ahora, hasta el que preveo fatal desenlace. Veré el modo de que alguien te lo pueda contar todo. Pretendo que mi muerte, tan injusta, tan innecesaria, sirva para algo, al menos, para que cosas así no vuelvan a ocurrir nunca más.

Y diciendo esto, María entregó a Enrique, a escondidas, sus escritos envueltos en un paño pardusco atado con una delgada cuerda.

Aquella noche, la familia no logró conciliar el sueño. Todo lo contrario que Juan de Bustamante y Juan de Reolid, que atronaban la casa con sus ronquidos y que se levantaron temprano, exultantes y con ganas de reanudar el camino. Casilda les dijo que María aún estaba muy débil y con bastante fiebre y que era mejor esperar algún día más. Con la promesa de unas buenas viandas y de que podían disfrutar en los alrededores, donde había abundante caza, lograron retenerlos dos días más. Al tercero, después de un buen almuerzo, ensillaron los caballos, albardaron la mula y continuaron con su macabro viaje, no sin antes burlarse de María, ante los venteros y otros viajeros presentes, haciendo premoniciones acerca de lo que le esperaba en Jaén. Tan pronto como los perdieron de vista, Enrique corrió al interior, donde, ávidamente, y en voz alta para que también lo escuchara su esposa, leyó el escrito.

“Un día gélido y sombrío amanecía en Alcaraz. Soplaban el cierzo a ráfagas y en dirección cambiante con inusitada fuerza. Era el 15 de febrero de 1494 y nadie olvidaría esta fecha, ni en la ciudad, ni en todo el Arcedianazgo: Mayor González de Montiel, “la Condenada”, esposa del Bachiller Ruy González de Llerena, que había sido juzgado y reconciliado, años antes, en la ciudad de Toledo, iba a ser desenterrada y quemada, en efígie, en la hoguera.

Así lo había dictado el Tribunal de la Inquisición de Alcaraz, dependiente del de Jaén. La habían encontrado culpable de observar determinadas prácticas consideradas judaizantes, tales como recitar oraciones judiegas, celebrar la Pascua Judía, encender los candiles en la noche del viernes y retirar la grasa de la carne. Pero no eran estas las principales causas de la condena. Mayor y su esposo, el Bachiller, pertenecían a dos de las familias más poderosas y odiadas de la ciudad, los Montiel y los Llerena, que habían sido seguidores y colaboradores del Marqués de Villena y ostentaron importantes cargos públicos durante los años en que Alcaraz perteneció al Marquesado.

La sentencia se había leído públicamente en la Plaza, a las puertas del Convento de los Dominicos, una semana antes, en un solemne acto. Mayor González, había muerto durante los interrogatorios, a causa de las torturas, tras haber reconocido su culpabilidad, hacía ya años. Se le dio sepultura en el pequeño cementerio, a las puertas de la Iglesia de la Trinidad, en la esquina noreste, alejada de los demás

enterramientos. Ahora, se establecía que sus restos serían sacados de la tierra para que no pudiera comunicarse con los buenos cristianos que allí descansaban.

A la vez que se leía la condena y se anunciaba el día y la hora en que tendría lugar su cumplimiento, se hacía un llamamiento a todos los vecinos de la ciudad para que estuvieran presentes.

Yo, María de la Barrera, estuve allí acompañada de mi pequeña hija Inés. Pero no lo hice con la insana intención de jalear a los hombres que desenterrarían a Mayor, y menos aún, para arrojar piedras o escupir sobre los restos de la difunta, tal y como haría la marabunta allí congregada. Todo lo contrario. Fui a la Plaza a despedir a aquella mujer a la que siempre admiré y amé, familiar mía y, sobre todo, amiga, con quien había compartido tantas experiencias y confidencias. Ella había sido la hermana mayor que nunca tuve y de ella había aprendido casi todo lo que sé, desde leer y escribir, hasta la historia, la religión y las costumbres de nuestros antepasados. También la tolerancia y el respeto hacia los demás y a sus creencias religiosas. Estos valores, que durante siglos habían prevalecido entre los vecinos de la Ciudad, se habían trocado en los últimos años. La intransigencia, el dogmatismo y el odio se habían apoderado del corazón de sus gentes. Por eso, he de decir que otra razón me condujo aquél día hasta aquel lugar a presenciar tan siniestro espectáculo: el miedo. Mi origen, mis relaciones y mis actitudes me delataban, y aunque jamás había cometido delito alguno, presentía que, antes o después, los Inquisidores acabarían deteniéndome. No podía señalarme y mi ausencia habría contribuido a ello.

Subí la pequeña y empinada cuesta que da acceso a la calle Mayor. Al enfilarse en dirección a la Plaza, sentí cómo mi hija se agarraba con fuerza a mi pierna, mientras yo la apretaba, aún más, contra mi cuerpo. Estaba amaneciendo y cada vez hacía más frío. El viento, lejos de amainar, soplaba con más fuerza y parecía penetrar en el cuerpo. A pesar de ello, había ya bastante gente apostada en las paredes de las viviendas que rodeaban el Cementerio, resguardándose en los quicios de las puertas.

No quise avanzar y me quedé justo a la entrada de la plaza, a la izquierda, frente al Convento. Mi intención era pasar lo más inadvertida posible por temor a ser increpada. No lo conseguí. Un grupo de mujeres me señalaba, mientras me dirigían improperios:

-¡Judía!

-¡Bruja!

-¡No tardarás en arder tú también!

Pero lo más espeluznante, lo que me dejó aún más helada que el propio viento, lo que penetró hasta mis entrañas, fue la imagen de Mayor González hecha en madera y atada a un palo de no menos de diez pies de alto, clavado en el suelo y en cuya base se habían colocado dos haces de ramas secas. Estaba a una distancia de entre cuarenta y cincuenta pies de la fachada principal del imponente Convento de los Dominicos. En ese espacio, entre el edificio y el palo con la efigie de “La Condenada”, había dos filas de frailes, inmóviles, vestidos con sus hábitos de paño y sus esclavinas que cubrían sus cabezas sin apenas dejar ver sus rostros. Inmóviles y con las manos caídas y enlazadas en la parte delantera de sus cuerpos, se aprestaban a contemplar el macabro espectáculo como una especie de cooperantes y testigos privilegiados. Imagen tétrica y lúgubre que no conseguía apartar de mi mirada. Pensar que aquellos monjes hubieran podido participar en los sufrimientos y la muerte de mi amiga me causaban una zozobra e impotencia indescriptibles.

Dos hombres accedieron a la Plaza, bajando por el Camino de Granada desde una de las callejuelas que bordeaban la vieja muralla. Iban erguidos, con paso decidido, andar presuroso y portando sendas azadas sobre sus hombros. Eran los encargados de desenterrar el cuerpo de Mayor. La gente les abría paso con cierta reverencia e, incluso, algún grupo los jaleaba. Yo me encontraba cada vez peor, rodeada de aquel ambiente hostil, compungida, temerosa. Estaba arrepentida de haber acudido a ese lugar y me disponía a abandonarlo.

-Schss, María.

Una voz cálida y segura sonó a mis espaldas, a la vez que, con la mano, me asían el brazo con suavidad. Giré la cabeza levemente y reconocí enseguida a quien me llamaba la atención:

-¡Fernando! Por fin una cara amiga. ¿Llevas mucho tiempo aquí?

-No, acabo de llegar -respondió bajando la voz- y no sé si podré soportar este espectáculo tan lamentable y, a buen seguro, mal visto a los ojos de Dios.

Fernando González de Arenas fue, durante años, cura rector de la Iglesia de San Ignacio y, más adelante, Vicario de la ciudad. Rondaría los cincuenta años y tenía un físico que le impedía pasar desapercibido: alto, desgarbado y con las facciones

de la cara muy pronunciadas. Pero lo que más llamaba la atención eran la calidez, el sosiego y la seguridad que irradiaba. Había sido una persona muy querida y respetada por la población de Alcaraz, en general, hasta que, recientemente, empezó a correr el rumor de que no era buen cristiano y que mantenía la teoría de que con cualquiera de las tres religiones, cristiana, judía o mahometana, se podían alcanzar la Salvación y la Vida Eterna. ¡Qué injusticia! ¡Qué despropósito! Fernando, a pesar de su origen judío, había abrazado, sin reparos, la fe cristiana, y a conocer en profundidad y difundir esta doctrina se había entregado sin reservas. Los dos hombres se abrieron paso entre la gente, dejaron a su derecha el convento Dominico y descendieron la pendiente que conducía al pequeño cementerio. La gente trataba de averiguar su identidad, pero la escasa luz del amanecer dificultaba la labor. Llegaron al lugar del enterramiento e, inmediatamente, comenzaron a cavar. Mientras uno de ellos picaba con energía, con saña, el otro permanecía a unos pies de distancia apoyando la cabeza sobre la pala. Cuando el primero había removido una cantidad importante de tierra, salía del hoyo y su compañero, se introducía en él y la sacaba para amontonarla en la superficie a ambos lados.

- Son Juan de Bustamante y Juan de Reolid -susurraron cerca de mí.

No me extrañó en absoluto. Ambos habían colaborado estrechamente con los Inquisidores desde el primer momento. No eran empleados del Santo Oficio pero participaban en denuncias, detenciones y en determinados trabajos. Se les conocía como Familiares de la Inquisición y aunque no recibían retribución dineraria por su ayuda, intentaban cobrársela, bien en especie, bien con la obtención de determinadas prebendas. Cuando alguien era condenado por herejía, sus herederos eran inhabilitados para el desempeño de cargos públicos, no podían ir a caballo ni poseer armas, tampoco vestir con seda ni otros atuendos lujosos. Pero, seguramente, lo más duro, resultaba ser la enajenación de todos sus bienes. Esto supuso la ruina y hasta la indigencia para muchas familias y el enriquecimiento de otras.

- No son buena gente. Sólo les mueve el interés material, la acumulación de riquezas -me decía Fernando al oído-. Durante años, antes incluso de la llegada a la ciudad del Santo Oficio, ya habían participado en todo tipo de revueltas y refriegas, y siempre con el mismo objetivo: la obtención de algún beneficio

económico. Ellos, entre otros, han contribuido a fomentar la crispación entre los vecinos. ¡Que Dios los perdone!

El viento soplaba cada vez con mayor intensidad, arrastrando, incluso, la tierra extraída de la sepultura. El frío era insoportable. Sólo la insana curiosidad mantenía a los vecinos en la Plaza y callejones aledaños. Uno de aquellos individuos hizo una señal levantando uno de sus brazos: habían llegado ya a los restos óseos de Mayor. El esqueleto estaba completo, según supe después, en contacto directo con la tierra, sin restos de vestimenta alguna.

Conforme iban sacando los huesos, al principio uno a uno, y después a puñadas, la gente parecía ir cambiando su actitud. La expectación inicial daba paso a una especie de temor, de miedo contenido. El viento dificultaba el trabajo de los desenterradores hasta el punto de arrastrar el miserable paño y esparcir los restos. Parecía como si alguien o algo quisiera impedir lo que allí se estaba haciendo. Pero Juan de Bustamante y Juan de Reolid no se arredraron, los recogieron y, medio arrastrando, los condujeron hasta depositarlos sobre los haces de leña colocados al pie del palo sobre el que estaba clavada la efigie de aquella mujer.

Lo que ocurrió a continuación permanecería para siempre en la memoria de todos y cada uno de los allí congregados. Y es que, por más que lo intentaban aquellos dos individuos, no lograban prender fuego a las ramas, porque el viento, racheado y a ras de suelo, lo impedía. Era un fenómeno natural, pero el gentío empezó a inquietarse, a murmurar, a sentir miedo. Las llamas no se levantaban del suelo, no alcanzaban al poste y a la efigie de Mayor. Era como si alguien quisiera impedir que ardiera. Algunos comenzaron a abandonar la plaza, al principio, sigilosamente, pero Bustamante tomó una determinación: subió hacia su casa, cercana a la plaza y próxima a la muralla, y apareció con una hacha con la que golpeó con saña al poste que pronto crujió y se desprendió sobre el suelo arrastrando la efigie. El estruendo ocasionado asustó aún más a la muchedumbre que huyó, esta vez, despavoridamente.

Sólo quedaron allí los dos Familiares de la Inquisición, sólo ellos vieron arder la efigie de una gran mujer, de mi amiga, de Mayor González de Montiel. Ellos, Fernando, mi hija Inés y yo.

Aún no sé cómo pude sobreponerme de lo que había visto y vivido en primera persona aquél nefasto día. Estuve deambulando por las calles, no lo recuerdo bien.

Las imágenes de lo ocurrido iban y volvían reiterada y desordenadamente en mi cerebro. No podía darles crédito. Pensaba que había sido una pesadilla. Creo haberme cruzado con algunas personas, pocas, en las calles. Me miraban de soslayo, susurraban y se apartaban a mi paso sin saludarme, como si no me conocieran.

Fernando se había llevado a mi hija para cuidarla al ver el estado en que me encontraba.

Después de vagar por las callejuelas durante dos, tres horas...no sé, subí a la fortaleza y me adentré en la vieja y casi derruida ciudad amurallada. Desde allí pude atisbar cómo unos hombres retiraban los restos de la hoguera y limpiaban la plaza. El viento había cesado por completo y un sol, sorprendentemente generoso, calentaba las calles y las llenaba de luz como si quisiera borrar lo que había ocurrido hacía tan solo unas horas.

Caminando entre aquellas casas derruidas evoqué otros tiempos, que yo no viví, claro, pero de los que había oído hablar tantas veces, en los que musulmanes, cristianos y judíos habían convivido en la ciudad y practicado sus ritos y creencias libremente. ¿En qué momento y por qué unos hombres deciden imponer sus ideas, sus dioses, a otros hombres? Ese es el motivo de la mayor parte de los conflictos y guerras desde hace siglos y yo pienso que nuestro Dios no quiso nunca que lo hiciéramos. Fue, en realidad, Dios de los judíos, y las leyes y normas que estableció eran para este pueblo, el pueblo de Dios. Sin embargo, tanto cristianos como musulmanes, hacen una interpretación diferente de su Palabra y se lanzan por el mundo a predicarla.

Yo, además de triste y apesadumbrada por lo que había ocurrido aquella mañana en Alcaraz, estaba desorientada, no sabía en qué ni en quién creer. Y también estaba asustada, aterrada. Hasta ahora, pensaba que lo peor había pasado ya y que no corría peligro, pero no parecía ser así.

La Inquisición había actuado con saña y crueldad en la ciudad hacía unos años. Todo empezó en 1486, cuando el Tribunal de Toledo, del que dependía este Arcedianazgo, dictó la Orden por la que se les daba a todos los judeoconvertos del territorio un plazo para que se presentaran ante el Tribunal y reconocieran su culpa. Era lo que se llamaba el Plazo de Gracia. Quienes lo hacían, podrían recibir un trato más benevolente de los Inquisidores, para lo cual, tenían que abjurar, es decir, reconocer sus “ errores heréticos”, como condición inexcusable para

obtener el estatus de “reconciliados”, lo que significaba que volvían a formar parte de la Iglesia Católica.

Esto no quería decir, ni mucho menos, que quedaran libres de castigo. De hecho, no podían ocupar empleos públicos ni cargos eclesiásticos, ni ciertas profesiones, como la medicina o la recaudación de impuestos. Además, estas penas, se hacían extensivas a sus descendientes, por lo que acababa siendo, por lo general, la ruina para toda la familia.

Pero muchos de los vecinos de Alcaraz corrieron peor suerte, sufriendo durísimas condenas y hasta la muerte en la hoguera.

En mi caótico deambular por sus callejuelas, aquella mañana, sólo acerté a tomar la determinación de volver a casa y ponerme a escribir lo que estaba ocurriendo en Alcaraz. No sé si interesaría a alguien, tampoco si lo que estaba sucediendo aquí era algo singular u ocurría en otros lugares. No tenía referentes. Pero todo era tan duro, cruel, inhumano y, a mi modo de ver, injusto, que tenía que trascender y ser conocido más allá de mi pequeño mundo. Y tenía que apresurarme. Sentía muy malos presagios, sobre todo desde que se ordenó la quema de los restos de Mayor, y un desasosiego que no me dejaba reposar. Esta mañana, a pesar de la escasa luz que había en la plaza, la mirada de Juan de Bustamante, dura y penetrante, se cruzó con la mía y sentí como un desgarró en mi interior. Estaba cada vez más convencida de que, antes o después, vendrían a por mí.

No sé de qué pueden acusarme. Mis antepasados, aunque de origen judío, habían apostatado hacía ya más de un siglo y se habían convertido al cristianismo cuando vivían en tierras de Cuenca. Es cierto que, en principio, sólo lo hicieron para escapar de las persecuciones y terribles matanzas perpetradas por los cristianos en 1391 en las principales juderías de la Península. Muchas de ellas fueron arrasadas, las sinagogas destruidas y gran número de sus habitantes, asesinados, por lo que, la mayoría de los supervivientes, para salvar sus vidas, pidieron ser bautizados.

En Alarcón, la tierra de mis antepasados, los hechos no fueron tan virulentos, pero sí es cierto, según me contaba mi padre, que casi todos los judíos acabaron convirtiéndose al cristianismo. Eso fue así por imposición, que no por convencimiento, y durante mucho tiempo ni siquiera conocían los preceptos y normas de esta religión, entre otras cosas, porque el clero católico y las autoridades pusieron más empeño en la represión de la Ley Mosaica que en dar a conocer la doctrina cristiana. Como consecuencia, la gran mayoría de los

judeoconversos, a los que se les llamó cristianos nuevos y que seguían siendo mirados con recelo por los cristianos viejos, continuaron practicando en secreto la religión judía en la intimidad y en el ámbito familiar.

Todo esto lo sé porque mi padre, mi amado padre, persona culta y, ante todo, tolerante, me lo había referido en repetidas ocasiones. Él me transmitió su idea de que las religiones no son buenas ni malas en sí y que es la interpretación y el uso que de ellas hacen los hombres lo que les hace ser una cosa u otra. Y también que, según él, tanto el Cristianismo como el Judaísmo o el Islamismo, correctamente observados y cumplidos sus preceptos, pueden conducir a la Salvación.”

Una tristeza y pesadumbre indescriptibles embargaron los corazones de Casilda y Enrique. ¿Cómo era posible que estas cosas estuvieran ocurriendo en su amado Alcaraz? ¿Qué les había ocurrido a sus gentes, otrora amables, sencillas y tolerantes? ¿Cuándo acabaría todo aquello?

Sentimientos encontrados se cruzaban en su mente. Por una parte, alivio por la decisión que tomaron en su día de alejarse de allí y, por la otra, tristeza por las penalidades y sufrimientos que tantos amigos y familiares estarían padeciendo. Pero, además, Enrique, comenzó a sentir que podía haber hecho más por María, tendría que haberla ayudado a escapar de aquellos esbirros de la Inquisición que la conducían, despiadadamente, a una muerte segura. Ese sentimiento lo perseguiría durante días, meses. Se despertaba sobresaltado y sudoroso tras una pesadilla recurrente: María ardiendo en la hoguera mientras una chusma de gente desconocida gritaba y jaleaba a los verdugos y él, Enrique, intentaba correr hacia ella, pero no la alcanzaba.

El tiempo, que no pasa en vano, fue mitigando el sentimiento de culpa del ventero. La rutina se imponía. Había que continuar con el día a día del negocio, por otra parte, cada vez más rentable. El cuidado de los animales, el huerto, la siembra, la educación de sus hijos, a quienes enseñaba a leer y escribir cada día, eran actividades que le mantenían sobradamente ocupado y hacían que los sinsabores vividos recientemente pasaran a un segundo plano.

Pero todo volvió a revivir de la forma más inesperada. Había terminado, con la ayuda de Rodrigo, de segar el campo de trigo, de trillar las mieses y de aventar. A la mañana siguiente, padre e hijo madrugaron, aparejaron el mulo, cargaron cuatro costales de trigo y los llevaron al molino que había a media legua, aguas arriba del Guadalimar, junto a un viejo puente, al que llamaban “puente de Génave”, en no muy buen estado que, según contaba

Pedro Antonio Vázquez, el molinero, habían construido los romanos cuando, siglos atrás, dominaron las tierras que hoy ocupan los reinos de Castilla. Enrique no sabía si decía la verdad, pero lo cierto era que, tanto el molino como el puente, parecían muy antiguos. Acordaron las condiciones de la molienda (a maquila, con una parte de cada diez para el molinero de la harina que se obtuviera), y tomaron el camino de vuelta a Paules.

Cuando estaban a sólo unas varas de distancia de la Venta, divisó una figura humana bajándose de un asno, a las puertas de la misma. Por su aspecto y vestimenta, le pareció un monje y esto no le tranquilizó. Apretó el paso para interceptarlo antes de que llamara a la puerta y sus temores se confirmaron: ¡era uno de aquellos monjes dominicos como los que había visto en Alcaraz ayudando a la Inquisición! Conocía perfectamente la vestimenta, con su capa negra y la esclavina para cubrirse la cabeza y la cara. El corazón le palpitaba con fuerza mientras se acercaba a él, aunque pronto cayó en la cuenta de que un solo monje no podía venir a prenderlo ni nada parecido. Su misión había de ser otra.

-A la paz de Dios hermano, ¿qué se le ofrece por aquí?

-Que Él sea contigo. ¿Es esta la venta de Paules y usted Enrique Sandoval, el ventero?

-preguntó el monje.

-¿Quién lo quiere saber? -inquirió a su vez Enrique-. El hecho de que conociera su nombre, le inquietó sobremanera y no podía ocultar su desazón.

-No tema, soy un hombre del Señor y, por encima de todo, un hombre de bien. Me llamo Fray Gonzalo y soy monje dominico del convento de Jaén. Pero, ¿podemos pasar a su casa? Tengo algo muy importante que contarle.

En Enrique, el recelo inicial estaba dando paso a una enorme curiosidad. Fray Gonzalo transmitía serenidad y bondad. Nada que ver con aquellos otros frailes hoscos, malhumorados e intransigentes que había conocido en Alcaraz. ¿Qué le había traído por aquí? Con un ademán le indicó que entrara y él le siguió hasta un escaño en el que tomaron asiento. Fray Gonzalo estaba impaciente por narrar la historia que había vivido recientemente y que tanto había influido en su vida y en sus creencias, así que, sin más preámbulos, comenzó a contarla.

-Hermano Enrique, sé que es usted un hombre bueno, generoso y honesto, virtudes que yo valoro sobremanera. Por eso voy a serle franco desde el principio. He venido hasta su casa para cumplir la última voluntad de una persona, de una mujer, a la que ambos hemos conocido y, me atrevo a decir, hemos querido. A estas alturas, y por la cara que está poniendo, imagino que sabe a quién me refiero. Sí, a María de la Barrera...

-¡Santo Dios! ¿Cómo está esa criatura? ¿Qué ha sido de ella? -Interrumpió Enrique.

-Me temo que no puedo darle buenas noticias, amigo, pero déjeme contarle lo acaecido desde el principio -dijo sosegadamente Fray Gonzalo-. Hace ya alrededor de medio año, llegaron al convento donde profeso dos individuos a caballo y una mujer, muy desmejorada, a lomos de una mula. Ellos se identificaron como Familiares de la Inquisición de Alcaraz y afirmaron que traían a la mujer a Jaén para entregarla al Tribunal, dada la gravedad de las acusaciones que se cernían sobre ella.

-Malditos Bustamante y Reolid -interrumpió Enrique sin poder contenerse.

-Sí -continuó el monje- así creo recordar que se llamaban. Pues bien, avisado el Superior del Convento, examinó la documentación que traían en la que constaba que se le acusaba de hereje y de practicar la brujería y se hizo cargo de la cautiva, despidiendo, sin más, a aquellos dos individuos deseándoles un buen viaje de regreso a Alcaraz.

-¿Y qué fue de ella? -se impacientaba Enrique.

-Está vd. tan nervioso y exasperado que tendré que omitir los detalles e ir al grano. María fue encerrada en una celda y a mí me encomendaron la tarea de convencerla de que se arrepintiera de todos sus pecados y que renunciara a sus creencias heréticas. De este modo, el Tribunal sería más benevolente con ella y, tal vez, a pesar de las graves acusaciones que pesaban sobre ella, podría conservar la vida. Porque, contrariamente a la fama de intolerantes, inclementes y hasta de sanguinarios que nos persigue, nuestra principal misión es conseguir que los herejes reconozcan sus errores y vuelvan al redil de la Iglesia.

Comencé a visitarla a diario en su celda. Al principio se manifestaba reservada y distante, yo diría también, que se jactaba de cierta superioridad intelectual sobre mi persona... Pero no nos detengamos en los detalles. Le diré que acabamos respetándonos mutuamente, personal e intelectualmente. Ella no retrocedía ni un paso de sus creencias. No podía arrepentirse de nada -sostenía- porque nada había hecho. Creía en la Religión Católica, pero no podía renunciar a las creencias y costumbres de sus antepasados judíos. Y no concebía que el Dios de los cristianos fuera un ser vengativo y excluyente que viera bien que en su nombre se persiguiera y hasta se matara a quienes practicaran otros credos. Las tres religiones, católica, judía y mahometana podían conducir a la salvación.

-Sí, esos eran sus principales argumentos -dijo Enrique.

-Yo los rebatía al principio con ardor y contundencia, pero, poco a poco, aunque nunca renuncié a mis creencias, su entereza y serenidad me fueron cautivando. Aprendí mucho de ella y quiero creer que también ocurrió a la inversa. Pero no podía hacer nada. Su dignidad, intacta a pesar de las penalidades que sufría, le impedía mentir y abdicar de sus ideas.

Bueno, amigo Enrique, no puedo rememorar aquellos días sin que las lágrimas corran por mi rostro. A estas alturas, y por su silencio, entiendo que ya usted supone lo que sucedió. Sí, María de la Barrera murió en Jaén. Sólo le diré que, al final, yo también le fallé, porque fui incapaz de acompañarla a la hoguera y gritar a los cuatro vientos que aquella mujer no había hecho nada, que era totalmente inocente y que seguramente, Dios, nuestro Dios, el Dios justo y misericordioso en el que yo creía, no estaría de acuerdo con lo que se iba a hacer en su nombre.

Después de las últimas palabras de Fray Gonzalo, el silencio se apoderó de la estancia y la congoja de los corazones de aquellos dos hombres.

-Sólo nos queda, Enrique, cumplir con su última voluntad. La noche anterior a su muerte me habló de usted y del escrito del que le había hecho depositario. Me pidió que le visitara y que con él y nuestros respectivos testimonios, completáramos el desenlace de su vida. Que lo diéramos a conocer, de forma especial a sus vecinos y familiares de Alcaraz. También quiso que no estuviéramos tristes, pues estaba convencida de que su muerte no habría sido en vano.

-Así será -sentenció el ventero-. Todas las gentes de estas sierras y de los lugares hasta donde alcance nuestra palabra, sabrán de la vida y de la injusta muerte en la hoguera, en Jaén, de una gran mujer, de María de la Barrera.